

El mar ineludible

Nadando durante casi cuatro horas, sobre aguas oscuras, impredecibles, Marina unió este año la Isla de Tarifa con la costa africana. Esa costa la había imaginado tantas veces. Como si una de sus manos ya se hubiera posado en una primera piedra. Había preparado el cuerpo. Brazadas y respiraciones siguiendo el carril de las piscinas, una línea recta ante los ojos, un ir y venir en aguas repetidas, empozadas aunque transparentes. El Estrecho de Gibraltar es un gran carril de ida donde se juntan dos mares. Dos mares nunca se juntan. Colisionan. Cruzar a nado un estrecho con leyes propias, densamente poblado de embarcaciones, orcas y otras amenazas visibles y ocultas, se logra con acciones acumulativas. Cada pataleo trafica contra ideas derrotistas, contra la información del miedo. Poner el pensamiento al servicio de un deseo urgente. Si la mente no se rinde, el cuerpo acompaña. ¿Cómo resistir lo insoportable mientras se lo está viviendo? Había demasiado en juego: una obsesión desanclada del territorio de la infancia. Algo terminó de completarse en Marina cuando tocó África y solo podía completarse de esa manera.

También es apneísta. Bajo el agua no hay palabras para nombrar lo que es.

Todo deja de ser familiar, sin instrucciones. Se instala la atemporalidad. Hay tiempo cronológico, hay un tiempo propio, hay dimensiones suspendidas. Inclasificables. Y sin embargo, percepción de claridad, ecos de un reino conocido y una breve fusión con el silencio. En las asimilaciones surgen hallazgos. En ese espacio, una vez más, punzante, la simultaneidad de la vida. En afinidad con el vacío.

Marina ha dicho: escribir es lo mismo que nadar.

En ambos casos uno desconoce lo que sabe.

Las movilizaciones en aguas abiertas suelen comenzar en grupo, con sensación de multitud unida por el espanto. Atravesar la muerte es siempre un recorrido individual.

A Marina le adivino la infancia.

En las horas largas de la niñez, observaba la naturaleza aprendiendo de la rigurosa resistencia de los animales. Su avanzar salmónidos contra la corriente, incluso a pesar suyo. Contemplaba a los que pastan silenciosos, a los separados de la manada, a los que beben del río sin sospecha, a los que huyen alados, a los que esperan quietamente la muerte para alimentarse o a los que, ya fosilizados, son devorados por ojos de niños en un museo.

El afuera era estar en casa.

Ahora el pasado es una estela que se ve desde la popa de un barco.

Desde ese barco Marina ha elegido detener la mirada.

Mirar pese a todo.

Las palabras como consecuencia de lo que ha mirado.

Sus personajes son líquidos, fluyentes, moviéndose para llegar a un lugar que los calme. Se autorizan la turbación, el no terminar de encajar. Están conflictuados con sus vínculos primarios. Se les obtura el pasado desde un presente enrarecido. Nadie está exento. Animales, mitos, padres, niños, muñecas. Ningún hogar intacto. Las guerras son cíclicas. Crean a partir del sufrimiento, de la rabia, del erotismo, del amor más profundo, desde la degradación, lo disfuncional y

lo grotesco. Tienen motivos. Por eso hay en ellos progresión dramática. Son serenos o trepidantes. Ominosos o queribles. Violentan y son violentados. Hablan, tienen algo que decir. Se callan pero no son enmudecidos. Son ganados por su rechazo a la negación. Negar es la verdadera crisis. Al igual que Marina, han elegido mirar hacia donde otros no miran. Las evidencias. El dolor ha nacido en una zona de invisibilidad llena de prismas. Nombrarlo. La escritura de Marina emerge porque registra. Porque cifra.

El método es entrar y salir de la locura.

Marina, voy a hablar del aire aunque no sea tu elemento. Los acróbatas aéreos resisten un vértigo que tú no. Trepan cuerdas, telas, y en cuanto tienen la oportunidad se quedan colgados. Liberan los pies. Es la idea de liviandad que lo adoran. En su tránsito del piso al techo, vestigios de un placer al que solo podemos aproximarnos. Sabemos intuitivamente, están temblando. Suben con gestos apaciguados. Conquistan. Como pájaro y mosca. El lenguaje del trazo. Si sus caras describieran el esfuerzo en mueca, lo que toma haber llegado hasta allí, años de perseverar en un escalar concentrado, las caídas, los huesos rotos, la piel quemada. Si todo eso, no habría sorpresa. El estremecimiento se provocaría desde otro lado.

Necesitamos que su goce se nos aparezca en primer plano. Hasta la vanidad sin soberbia. Que artesanen de manera invisible.

Sospechamos la contención y la emotividad. Lo vertiginoso desbordándolos. La tristeza de la cuerda finita. Como en

inmersiones a pulmón abierto, como el funambulista y la precariedad de su equilibrio, como lo que Marina solo puede decir escribiéndolo, en el riesgo, un volver a abismarse.

A veces preparamos al otro para los encuentros que vendrán. Lo que vio Enrique Murillo, el editor español de Marina, lo reconoció también Paloma Reaño cuando la leyó.

«Hacía tiempo que un libro no me conmovía tanto. Quiero publicarla en Pesopluma».

Juntos habilitaron esta doble incursión en el mundo submarino y acuático de Marina. Por vez primera podrá ser leída en Perú y a través de una antología de los relatos aparecidos en los excepcionales «Criaturas Abisales» y «Leche». Lector, concédete el asombro. Si soportas la incertidumbre.

Este libro es un ser vivo.